

ENCARNACIÓN SERRANO RAMOS, *Cerámica común romana: siglos II a.C. al VII d.C.. Materiales importados y de producción local en el territorio malacitano*. Studia Malacitana 16. Málaga 2000. Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Málaga. Volumen en rústica 17 por 24 cms, 175 páginas, con numerosas láminas y dibujos.

No cabe la menor duda de que estamos ante un libro que ha de marcar de manera profunda, ahora y en un futuro, los estudios sobre cerámica común romana. Esta no es una afirmación gratuita. Como veremos a lo largo de estas líneas, el trabajo de la Dra. Serrano ha de convertirse en el manual imprescindible no solo para aquellos estudiosos que trabajen en el actual territorio de la provincia de Málaga llevando a cabo excavaciones arqueológicas o para los que deseen profundizar en este campo, sino que también ha de servir de referencia obligada para los trabajos de investigación que se desarrollen en el ámbito peninsular e, incluso, en los territorios vecinos como confrontación de los materiales que son producto de intercambio. No se engañe nadie, sin embargo, si piensa que estamos ante un libro ameno o de fácil lectura. Por la propia naturaleza de los materiales no es un tema demasiado atrayente que invite a una lectura continua si no es por el deseo o la necesidad –que desde ahora será obligada– de los arqueólogos para confrontar tal pieza o fijar la cronología de un estrato. Por otra parte, el estudio pormenorizado que se lleva a cabo con toda meticulosidad y la abundancia de datos y paralelos dificulta esta tarea. Pero, precisamente por ser así todos estos inconvenientes se convierten en el mayor mérito de la autora que ha sabido afrontar con valentía un tema ingrato para muchos investigadores. Por ello, el esfuerzo realizado cobra mayor importancia, si cabe, que en otros estudios, consiguiendo algo que es muy importante: ofrecer una visión global de este tipo de cerámica, establecer una tipología y dotar de una cronología bastante fiable que sirva como punto de partida para nuevos trabajos de investigación.

Este aspecto de la cronología, siempre espinoso en la excavación de cualquier yacimiento, en donde casi siempre abunda la cerámica común asociada o no a otros materiales, es el que aborda la autora, de manera prioritaria, en cada uno de los capítulos. Si mediante la identificación del utensilio cerámico dotado de su correspondiente fecha se pueden establecer cronologías relativas entre distintos puntos de la geografía, el trabajo de la Dra. Serrano cobra una dimensión nueva porque partiendo de unos

materiales, siempre considerados de segunda categoría, si se compara con la más refinada vajilla de mesa, será posible desde ahora aproximar las etapas de un yacimiento o de varios entre sí. Por otra parte, las tablas que acompañan a cada uno de los capítulos, dentro de su aparente sencillez, suponen un tremendo esfuerzo de recopilación y de síntesis al aunar al mismo tiempo una tipología clara y definida, en la mayoría de los casos, el lugar donde aparece la forma cerámica en cuestión y la correspondiente bibliografía. Estas tablas tienen la ventaja añadida, además, de evitar las antiguas y monótonas descripciones de materiales y aligerar el texto de notas a pie de página. Dada la gran cantidad de materiales reunidos, la labor de la autora es solo comparable a la composición de un inmenso *puzzle*, similar a determinadas obras de catalogación en los inicios de la investigación arqueológica. Debe destacarse que se realiza un análisis exhaustivo de las distintas formas, describiendo su utilidad o función, se realizan confrontaciones y se buscan paralelos, se describe la forma del vaso, el color de la pasta, el grosor de las paredes, los motivos decorativos, los barnices y los engobes.

El libro se estructura en siete capítulos de desigual extensión precedidos de una Introducción y ultimados con las correspondientes Conclusiones y la Bibliografía.

En la Introducción la autora expone con claridad el plan de la obra, realizando previamente un recorrido cronológico por las fases de la investigación que, sobre cerámica común, se ha realizado en nuestro país. Tras un recuerdo del maestro N. Lamboglia menciona los trabajos punteros realizados en esta campo, entre los que tienen cabida los de M. Vegas (1964) y (1973), los de la propia Dra. Serrano en la Cartuja de Granada (1978), los de N. Sotomayor en los Villares de Andújar (1982), de J. Beltrán en Torrox (1983), de A. Sola en Campillos (1985), de X. Aquilué (1987), sumando a todos ellos la nueva guía de cerámica de M. Beltrán. Continúa con el repaso de obras singulares de la década siguiente caracterizada por la profundidad de los trabajos y su alejamiento geográfico: Casas (1990) en Gerona, C. Aguarod (1991) en la Tarraconense, M^a. Sánchez (1992) Bajo Guadalquivir y Mérida (1992). Tras ellos menciona la reunión celebrada en Ampurias sobre el tema de la cerámica común en la época altoimperial (1995), para concluir con los trabajos de M. Moreno (1997), Puerta López y Macías Solé (1999). Pese a la importancia de estos trabajos uno se queda un tanto perplejo al comprobar que estos veintitantos estudios, algunos inéditos, sean, salvo los posibles artículos de revista, las únicas obras dedicadas al tema en casi cuarenta años. Al aparecer este libro de la Dra. Serrano debemos felicitarlos por lo oportuno y necesario, porque suple con él un vacío existente en la investigación sobre el material del litoral meridional. No es tema cerrado ni muchísimo menos. El campo de estudio es realmente amplio porque aún existen muchas zonas del litoral peninsular que están sin estudiar y que la mayor parte del interior es terreno virgen en la investigación de la cerámica común.

El primer capítulo versa sobre las *Producciones itálicas*, es decir, sobre aquellos materiales que fueron importados entre los siglos II a.C. al I d.C. y que se han hallado, fundamentalmente, en el Teatro romano de Málaga, en la ciudad de *Lacipo* y en el

yacimiento de Los Castillones de Campillos, estableciendo los puntos de contacto entre la tipología de las piezas malacitanas con las de otros lugares que recibieron este tipo de cerámica, como es el caso de localidades tan dispares como *Pollentia, Italica, Emporiae*, etc. y los lugares origen de la producción. Dentro de ella cobra especial importancia el apartado dedicado al estudio de las cerámicas llamadas de *engobe rojo pompeyano* en el interior de la vasija. El capítulo concluye con su correspondiente tabla - resumen y las laminas de los dibujos correspondientes a las formas analizadas, lo cual se repetirá al final de cada uno de los capítulos, constituyendo uno de los aciertos del libro, pues permite realizar la consulta deseada de una manera fácil y directa.

El siguiente capítulo lo dedica su autora a las *cerámicas africanas de cocina* las cuales por tener su origen cercano a la costa sur tienen una amplísima representación en los yacimientos de la provincia. Este capítulo cobra mayor importancia si cabe porque tan solo contamos con estudios concretos y muy distantes entre si, como los de Aguarod y Aquilué en la Tarraconense o los de Sánchez en Mérida y el Bajo Guadalquivir. La cronología de las piezas, desde un punto de vista global, es amplísima abarcando prácticamente todo el Imperio a partir del siglo II d.C. Entre las formas mejor representadas destacarían, entre otras, los platos forma Ostia I, 261 y 262. Tras los dos capítulos iniciales dedicados, como se ha visto, a las cerámicas de importación, en el siguiente se centra la autora en los talleres cerámicos del litoral. Distingue fundamentalmente tres zonas: la de la costa oriental que fija su producción en los hornos situados junto al faro de Torrox, diferenciando dos fases en su utilización con sus correspondientes tipos. De esta producción son especialmente interesantes algunas formas como las ollitas (n.ºs.40-47) y los vasos (n.ºs.48-53), cubriendo un arco temporal entre los siglos I-V. En la zona central, que es la ocupada por la ciudad de Málaga sobresalen los materiales de cuatro puntos distintos enclavados en el área urbana (Alcazaba, Teatro, calle Carretería y calle Cerrojo) y sus aledaños (Puente de Carranque, Paseo de los Tilos y, sobre todo, Haza Honda). De la zona oriental destacan las producciones de la Huerta del Rincón (Torremolinos) y la Finca del Secretario (Fuengirola), lugares donde se han localizado varios hornos de planta central, algunos bien conservados, junto a a piletas de *opus signinum*, de lo que se deduce la existencia de una importante industria de salazón y de aceite destinada a la exportación. Por esta razón, de la producción son las ánforas la forma más habitual y abundante, lo cual contrasta con la mayor fabricación de platos, cazuelas, ollas, tazas y morteros de las zonas oriental y central. La producción de estas cerámicas abarcaría todo el Imperio.

Tras analizar estos materiales costeros la autora pasa al estudio de los del interior, concretamente a los talleres de la depresión de Antequera, que son, a su juicio, los que aportan una información más completa, además de localizarse en esa zona numerosos yacimientos asociados o no a producción de la *terra sigillata hispanica* y a materiales de construcción. Los yacimientos de donde proceden los vasos son, fundamentalmente, de *Singilia Barba*, La Fabrica de Teba y la necrópolis de Peñarrubia, por lo que la autora distingue claramente entre vajilla de uso doméstico y la funeraria. La caracterís-

tica común, en líneas generales, es que las formas tienen un cuerpo abultado que se estrecha hacia el pie y el cuello, donde se vuelve a ensanchar y donde se colocan las asas, mientras que los fondos son planos. De esta producción destacan los tres pequeños ungüentarios de El Castellón, que proporcionan interesantes datos sobre su composición mineralógica y del proceso de fabricación tras su análisis químico. La cronología se sitúa en época altoimperial.

Un capítulo especial lo dedica la Dra. Serrano a las cerámicas comunes de la *villa* de Los Castellones, ubicada en las proximidades de Campillos, que fue excavada por ella misma y los profesores Atencia Páez y Luque Moraño, entre los años 1977 y 1983 y cuya publicación vio la luz dos años después. Las formas más comunes que se dan en este yacimiento, que cuenta con una estratigrafía completa desde la época ibérica en adelante, son las ollas, las cazuelas, los morteros, muy abundantes, y los jarros, que se diferencian entre sí por la forma de sus bocas. Gracias a su abundancia ha sido posible distinguir entre los prototipos y sus variantes. La cronología de estos materiales se extiende desde la época de Nerón a la de Adriano. También capítulo aparte merece la cerámica común hallada, desde la mediación de la década de los años setenta del siglo pasado, en la *villa rustica* de Manguarra y San José, en las cercanías de Cártama. Tienen estas cerámicas la particularidad de ilustrar la producción bajo imperial, con un momento álgido de prosperidad a lo largo de la cuarta centuria. La formas aquí halladas poseen una pasta ocre, siendo utilizados preferentemente como utensilios de cocina. Por esta razón destacan las cazuelas con formas variadas en tamaño y en perfil, los morteros, las tapaderas y los *dolia*, hallados en dos grandes habitaciones que poseía la *villa*, utilizados presumiblemente como recipientes de almacenamiento de grano y aceite.

En el último capítulo se estudian las producciones tardorromanas comprendidas entre los siglos V al VII d.C. Tras un breve resumen sobre el estado de la cuestión dentro y fuera de la península entra al análisis de las cerámicas del área malacitana, las cuales presentan no pocas dificultades y problemas porque el material es escaso, no existen buenos trabajos estratigráficos o sencillamente porque no se han publicado los resultados de las excavaciones. Con las piezas disponibles la autora se centra en los yacimientos de la propia ciudad de Málaga (calle Molina Lario y Teatro romano), las de Fuengirola y las de *Lacipo*. Entre las formas de producción oxidante son de interés los morteros y jarros, así como algunos ejemplares de *vasi a listello*; mientras, en las reductoras se limitan a cazuelas, ollas y tapaderas de evidente mala cocción y ejecución. Todo esto estaría originado, muy probablemente, por la reducción del comercio, la desaparición de la producción de *garum* y la pobreza generalizada que es consecuencia de la fuerte depresión económica que se sufre en esta época.

En las Conclusiones, como es normal en este tipo de trabajos, se señalan los resultados obtenidos en la investigación. En primer lugar se advierte sobre la tipología de los recipientes que según zona y época se pueden destinar al consumo doméstico (cocina, mesa y limpieza) y al industrial representado por las ánforas principalmente. La cerámicas de importación itálicas y africanas mantienen su presencia en estas cos-

tas desde finales de la República hasta el final del Imperio, si bien las primeras concluyen su presencia en la primera centuria. La producción local es muy variada y continua en el tiempo diferenciándose las producciones costeras, con hornos que mantienen la necesaria fabricación de productos de origen marino, mientras que los centros del interior enfocan su producción al envasado de cereales, aceite o vid y también a las cerámicas de consumo doméstico, según demuestran los hallazgos de las *villae* estudiadas. El panorama de prosperidad que se respira, incluso en el bajo imperio, desaparece cuando cesan las importaciones de cerámica africana y se cae en la autarquía de la producción, lo que se traduce en la pobreza y en el aspecto rústico y desmañado de las cerámicas.

La Bibliografía, que concluye el libro, es amplia y documentada, encerrando entre sus páginas todos los trabajos relacionados con el tema en estudio. Aquí encontrará el estudioso todo el material necesario para iniciarse o profundizar en las cerámicas comunes, tan poco valoradas hasta ahora y tan valiosas como pueden ser para el establecimiento de cronologías relativas. La semilla ha sido lanzada por la autora, ahora es necesario que caiga en buena tierra para que de buenos frutos.

Luis Baena del Alcázar

TRINIDAD NOGALES BASARRATE, *Espectáculos en Augusta Emerita (Espacios, imágenes y protagonistas del ocio y del espectáculo en la sociedad romana emeritense)*. Monografías Emeritenses, 5, Badajoz 2000, publicado bajo el patrocinio del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, del Museo Nacional de Arte Romano y de la Fundación de Estudios Romanos. Prólogo de José M^a Blázquez Martínez. Volumen de 21 por 29'5 cms.; 165 páginas (113 de texto y 53 de láminas blanco y negro y color).

Con este libro se continua la serie de las *Monografías Emeritenses*, dedicadas al estudio en profundidad de diversos aspectos de la antigüedad romana en la capital de la *Lusitania*. Si aquellos que le precedieron abrieron nuevas perspectivas a la investigación, el presente trabajo viene a llenar un vacío—sin caer en los tópicos que esta expresión conlleva—en los estudios sobre los *ludi et munera* en *Hispania*. Entre otros posibles motivos ello es así porque en la bibliografía española especializada no existía una monografía que reuniera en un solo volumen, de manera exhaustiva, los monumentos arquitectónicos e iconográficos referidos a los espectáculos de una sola ciudad. No cabe duda, sin embargo, que esta monografía es posible porque *Augusta Emerita* es una ciudad privilegiada, emula de la propia Roma, puesto que cuenta con una riqueza patrimonial arqueológica sin parangón entre las ciudades peninsulares. Este acervo monumental no conocido en todas sus manifestaciones estaba, además, solo estudiado parcialmente en publicaciones dispersas. Así, pues, los monumentos estaban, las publicaciones desperdigadas también. Era necesario ya que una persona supiese estructurar este enorme material. Es precisamente éste el primer mérito de la autora que lo ha dotado de un enfoque original aportando acertadas opiniones fruto de su conocimiento directo con el material arqueológico y de largas horas de reflexión y estudio.

El trabajo se abre en primer término con las elogiosas y merecidas palabras del Dr. J.M^a Blázquez hacia la autora al que sigue un capítulo de presentación en donde la Dra. Nogales glosa sus recuerdos en torno al tema de la génesis del trabajo, así como los agradecimientos a personas, instituciones y organismos.

La obra propiamente dicha está estructurada, creemos que muy acertadamente, en tres grandes bloques en los que se estudian pormenorizadamente los monumentos arquitectónicos dedicados al esparcimiento dentro del contexto urbanístico de la ciudad; el segundo bloque lo dedica al análisis iconográfico en sus múltiples vertientes, dejando para el final, en un capítulo original, a los hombres que hicieron posible, en su momento, el desarrollo de los espectáculos. Al texto siguen la Bibliografía y las Láminas que se comentan más abajo.

El primer bloque lo intitula la autora *De los edificios y espacios para el espectáculo*. Todo monumento arquitectónico ha de ubicarse en algún lugar de la ciudad y para explicar la situación de los mismos en *Augusta Emerita* se realiza un repaso del desarrollo urbanístico de la ciudad desde su fundación. A las obras de infraestructura propias de una urbe romana seguirán desde el principio los dos edificios emblemáticos de la ciudad, que se convertirán en lugar de encuentro de los propios colonos y de la población circunstante, favorecidos por su situación en las proximidades de las vías de comunicación de la colonia con la Bética y con las tierras del interior de la meseta. A este hecho viene a sumarse la axialidad de los dos edificios en relación con los ejes del *cardo* y del *decumanus* de la propia ciudad. Localizados estos edificios en la trama urbana queda, sin embargo, relativamente desplazado el circo, que se construye en un momento posterior, adosado a una de las necrópolis de la urbe. Cuestión interesante es la del aforo de estos monumentos de espectáculos puesto que su número permitiría establecer la población propia y la de las cercanías. A este respecto el trabajo de Forni dedicado al tema es aceptado plenamente por la autora.

Seguidamente se analiza el teatro, bien definido por la Dra. Nogales como el *buque insignia de la arqueología emeritense* ya que el punto de referencia para los profesionales y el público en general ha sido siempre este edificio, al menos hasta que en 1985 el arquitecto Rafael Moneo diese por concluidos los trabajos del Museo Nacional Romano, que desde entonces se ha convertido en un faro cultural, de primera magnitud, en el horizonte nacional e internacional. Pero el teatro, indudablemente, tiene una personalidad propia entre los hispanos. Afortunadamente se conocen con bastante precisión las fases de su construcción y las sucesivas remodelaciones gracias a los monumentos epigráficos y al estudio de la técnica edilicia. Está ahora suficientemente claro que desde la fecha de su *inaguratio* en el año 16 a.C. se convierte en un importante foco de propaganda imperial desde el momento en que se vincula y se pone bajo el patronazgo de la familia imperial. Esta visión se debe en buena parte a la restitución del *sacrarium* emplazado en la *ima cavea* gracias al sagaz estudio de W. Trillmich, que la autora comparte plenamente. Interesante es la refutación de las antiguas teorías de Hübner por García Iglesias sobre las remodelaciones efectuadas en la *scaena frons* tras un posible incendio, rebajando con ello la cronología, que estaría además más en consonancia con la erección de las estatuas mitológicas allí colocadas según los trabajos efectuados por Trillmich. De la reforma constantiniana bien estudiada por este autor y la Dra. Durán Cabello son los valiosos relieves y otros materiales conservados en el Museo. Una última restauración hacia principios del siglo V, fechada gracias a unos ladrillos sellados, quizá fuera signo de la vitalidad de *Emerita* en esta época como capital de la *Diocesis Hispaniarum*, como bien ha sido puesto de manifiesto por R. Etienne y J. Arce, entre otros investigadores. Pero si es posible el empleo del teatro para usos administrativos o como lugar de reunión no se ve clara su función para los *ludi scaenici* en un momento en que los propios teatros de la ciudad de Roma estaban abandonados en esta época. Queda un poco en suspenso la posterior evolución, deca-

dencia y destrucción del monumento. No cabe duda que lo que se conoce de este edificio es mucho y mucho lo que se ha avanzado en la investigación, aunque es evidente que no ha concluido todavía como es bien consciente la autora, quedando lugares por investigar, como los accesos o las salas del *porticus postcaenium*, que pueden reportar aún muchas sorpresas.

El anfiteatro plantea, igualmente, numerosas interrogantes no resueltas todavía pese a ser edificio conocido desde los escritos de Nebrija y reiteradamente mencionado por cuantos viajeros pasaron por la ciudad o por eruditos locales durante los siglos siguientes. Hay que esperar, no obstante hasta las excavaciones de Mérida y Macias en 1915 para contar con algún escrito científico. Posteriormente se llevaron obras de mejora y restauración llevadas a cabo por José Menéndez Pidal (1955 y 1961) y en 1988 se efectuó el Coloquio del Bimilenario donde se recogieron nuevos estudios. De mayor interés es la génesis y evolución del edificio. La Dra. Nogales ha sido siempre de la opinión sobre la existencia de un edificio fundacional, distinto al actual, remodelado posteriormente por una serie de razones en las que en este espacio no podemos entrar. Si recordar que recoge la hipótesis de Bendala y Duran por la cual existiría en un principio un *podium* de *opus quadratum* sobre el que se dispondrían las gradas de madera; una segunda fase correspondiente a la *inaguratio* entre los años 8-7 a.C. contendría ya la gradas y demás dependencias, en las que se emplean los conocidos tipos de *opus* usados por los romanos (*caementicium*, *incertum*, *testaceum*, además del *quadratum*) mientras que la tercera, de época flavia, es la de marmorización del edificio y la decoración con pinturas. Otro de los problemas del anfiteatro es el estudio de la *fosa areneria* y su cubrición al que también dedica su atención la autora, negando un posible uso para naumaquías en lo que estamos de acuerdo. No olvida tampoco la decoración pictórica del *balteus* del *podium* sobre sillares ni tampoco deja al margen la construcción de *Nemeseion*, posiblemente a finales del siglo II o principios del III, hecho este de gran interés porque tendría relación con otros espacios dispuestos en otros anfiteatros para estos cultos. Otro interrogante que se plantea es el del abandono del edificio que, según J. Arce, estaría en funcionamiento hasta el siglo IV. Es evidente que su abandono no se debe a invasiones si no más bien a la presión intransigente de la población cristiana que lanzaba sus diatribas sobre los espectáculos que aquí se desarrollaban como símbolo cabal del paganismo. El análisis del monumento concluye con la problemática de su estructura y de su relación con la muralla, expresando la opinión de los investigadores que se han ocupado del tema y anunciando un estudio propio para un futuro próximo.

A continuación la Dra. Nogales hace un repaso del estado de la investigación sobre el circo, situado al este de la ciudad en la llamada Hoza de San Lázaro. Como sucedía con el anfiteatro es conocido de antiguo, habiéndose ocupado de él numerosos investigadores que culminan con el estudio de J. Humphrey (1986). Las primeras excavaciones realizadas en él fueron las de Mérida y Macias a principios del siglo XX, pero es preciso esperar hasta 1973 para una nueva actuación arqueológica llevada a

cabo por Álvarez Sáenz de Buruaga y Álvarez Martínez, que pusieron al descubierto la fachada oriental y las puertas de acceso a las gradas. Más recientes (1997) son los trabajos de Sánchez Palencia, Montalvo Frías y Cujón Gabriel que han aportado nuevos datos. Tras la descripción del monumento y los elementos conservados la autora se centra en sus fases constructivas, tres en principio. La primera en torno a los años 20-30 de la Era, avalada por el material cerámico, la segunda que corresponde con la terminación del edificio hacia la mediación del mismo siglo y una última remodelación en el bajo Imperio, atestiguado por un bien conocido epígrafe fechado entre 337-340 en el que se hace mención al *comes Ti. Flavius Laetus*, como encargado de la restauración por orden expresa del emperador. La carreras se desarrollarían hasta el siglo siguiente por el testimonio de la inscripción funeraria del auriga *Sabinianus*. Otros lugares destinados a los espectáculos debería haber habido en Mérida pero de ellos nada queda salvo algunos testimonios figurativos como la figura de un púgil o el mosaico de los luchadores, ya del siglo III. De las reiteradas naumaquías mencionadas por antiguos eruditos no hay constancia arqueológica. Tan solo el afán cinegético sería habitual entre los *domini* rurales.

De los testimonios en imágenes del espectáculo es como llama la Dra. Nogales al extenso segundo bloque temático del libro en donde se analizan las representaciones iconográficas en todas sus manifestaciones relacionadas con los *ludi et munera*. Vienen ordenados estos materiales de forma temática, es decir, referidos al teatro, luego al anfiteatro y finalmente al circo en sus apartados correspondientes. En el primer caso empieza analizando el significado de la máscara teatral en ámbitos privados y públicos como introducción al estudio de la magnífica máscara bronceínea, perfectamente conservada, que serviría como decoración a una fuente, siguiendo con los ejemplares en terracota como aquella que, quizás, represente a Ulises, y con los sonajeros o *tintinabula*, las cerámicas y con un ejemplo pictórico conservado en el Museo. Mayor interés poseen los fragmentos de tres máscaras marmóreas, dos de ellas inéditas procedentes de diversos lugares de la ciudad, cerrando esta parte de su exposición con una estatua de musa, tal vez Thalia, perteneciente al programa iconográfico de la *scaena frons*, hasta ahora considerada como imagen de Proserpina. Continúa la Dra. Nogales su exposición estudiando las imágenes con escenas gladiatorias, en especial una placa de mármol con la representación de tres gladiadores, en relieve, en actitud de lucha entre ellos. Esta pieza se halló hace años en la zona de la necrópolis. Su editora lo fecha en la mediación del siglo I d.C. A este excelente relieve han de sumarse dos relieves más en los que aparecen sendos gladiadores, cuyo conjunto constituyen un documento único entre los ejemplares hispanos. El lote de piezas se completa con una pierna de gladiador, en mármol, con la representación relivaria de la *ocrea* protectora y las cintas que la sujetan a la pierna. Otra *ocrea* metálica, se conserva en el Museo, ésta con representación de la *caput Medusae*. Merecedoras de capítulo aparte son las pinturas que fueron halladas en la muralla, junto al anfiteatro, en el curso de unas excavaciones practicadas en 1979. Son tres cuadros que representan escenas propias de las *venationes*

(*venator* contra leona, *venatio* figurando a una tigresa que ataca a un jabalí, cazador lanzando una jabalina) y un cuarto, con escena de paisaje, todos los cuales tienen una fiel confrontación con las pinturas del anfiteatro de Pompeya y las de la Casa dei Cei. Son extraordinariamente importantes al ser las únicas halladas en *Hispania* en tan buen estado de conservación. Tras esta exposición se ocupa de las lucernas, bien representadas en Mérida, y luego se ocupa de las escenas de pugilato tanto en mosaico como en representaciones de bulto redondo, como es el caso de la pequeña estatuilla, en bronce, de un pugilista, del que realiza un excelente estudio.

Las escenas circenses están representadas por cuatro excelentes paneles pictóricos, hallados en los años setenta en la calle Suarez Somonte, en los que se figuran un auriga vencedor montado en su cuádriga, auriga sobre cuádriga y esclavo sujetando un caballo, los cuales son testimonio fiel de la pasión por las carreras aún en el siglo IV, que es cuando se fechan estas pinturas. A estas tres piezas ha de sumarse el *mosaico de los Aurigas* en donde, frontalmente aparecen los dos personajes principales *Paulus* y *Marcianus*, cada uno en su cuadro correspondiente. Se completa el estudio con el análisis de otros materiales: un caballo en bronce de gran calidad en corveta y lucernas. Entre otras representaciones de carácter lúdico destaca la cuarta pintura de la calle Suarez Somonte con escena cinegética y los dos mosaicos de la *villa de Las Tiendas* con los vencedores en la lid del circo y el mosaico del cazador *Marianus*. El capítulo sobre iconografía se cierra con la mención del interesante fragmento de sarcófago con escena de cacería.

El tercer bloque se titula *De los protagonistas del espectáculo*. Aquí trata, en primer término, el epígrafe sepulcral de la mima *Cornelia Nathis*, hallado en la necrópolis oriental de la ciudad, que evidencia la presencia de un subgénero teatral que sabemos bien desarrollado en los gustos de la sociedad romana. Se continúa la exposición con el análisis de los epígrafes referentes a *venationes* y *munera* destacando las lápidas dedicadas al *retiarius Cassius Victorinus* y al gladiador *Q. Octavius Sperchius*, completándose la serie con la inscripción dedicada al auriga *Sabinianus* y a los nombres de los vencedores *Marcianus* y *Paulus* sobre mosaico, prestándose una especial atención al caso del auriga *Diocles*, conocido gracias a una lápida hallada en Roma, hoy perdida, bien conocido por el estudio que sobre su figura hiciera en su día García y Bellido.

El volumen se cierra con una extensa Bibliografía sobre los temas tratados y en concreto sobre las publicaciones que estos monumentos han generado a lo largo del tiempo. El repaso de los títulos prueba el alto grado de conocimiento que la autora posee sobre esta materia, en la cual sin duda hay que considerarla como una verdadera especialista. Como no podía ser menos las cincuenta y tres láminas, de gran calidad, casi todas en color, ilustran de manera fehaciente cuanto se explica en las páginas precedentes y son un digno colofón al trabajo.

Una investigación, en suma, clara y sistemática, que recoge todos y cada uno de los monumentos que la arqueología ha hecho posible conocer, tratados con sumo rigor

y profundidad. Es por ello una obra muy útil y muy completa que, evidentemente, solo podrá ser aumentada con nuevos hallazgos e investigaciones, pero que de todas formas será referencia obligada para ulteriores trabajos. Por ello creemos que el anhelo juvenil que la Dra. Trinidad nogales expresaba en la Introducción ha sido colmado con creces y, sin duda, ha saldado aquella antigua deuda con la redacción de este libro.

Luis Baena del Alcázar

II Coloquio Internacional de Arqueología en Gijón. Termas romanas en el Occidente del Imperio. C.Fernández Ochoa y V. García Entero (Eds.), Serie Patrimonio, 5, Gijón 2000. Volumen de 21 por 29 cms., 448 páginas, numerosas ilustraciones.

Entre los días 1 al 3 de diciembre de 1999 se celebró en Gijón un Coloquio Internacional bajo el lema *Termas romanas en el Occidente del Imperio* organizado por las profesoras C. Fernández Ochoa y V. García Entero de la Universidad Autónoma de Madrid. Del éxito obtenido en aquellas fechas es el feliz resultado de este libro que recoge lo dicho en aquellas sesiones. Como bien señalan las editoras es un hecho cierto el interés que de un tiempo a esta parte se ha suscitado por el estudio del termalismo antiguo en todas sus manifestaciones, lo cual ha hecho posible la proliferación, en pocos años, de congresos y reuniones, así como la creación de la *Asociación Internacional para el estudio de las termas*, amén de numerosos artículos de revista sobre el tema. En esta situación el papel de España era, como en otros campos, de retraso. Es cierto que hubo un estudio pionero debido a Gloria Mora (1981) y que con posterioridad han salido a la luz otros estudios como los de Roldán (1996), Fernández Ochoa y otros (1996) y (1997), Fernández Ochoa y García Castro (1999) o ha sido posible obtener ayudas estatales para llevar adelante proyectos de investigación, pero era necesario aglutinar el esfuerzo de muchos investigadores en una reunión que pusiera en claro el estado de la cuestión y las perspectivas de la investigación para el futuro.

Este Segundo Coloquio celebrado en Gijón era, pues, oportuno y necesario por muchos motivos dada la ausencia española en esta clase de eventos. Los resultados están plasmados en el libro que intentaremos reseñar en esta líneas, tarea nada fácil por la densidad y abundancia de sus contenidos, además de las numerosas aportaciones, cuyo análisis individualizado y detenido rebasaría con mucho el espacio disponible.

En la estructuración del volumen se disponen en primer término las ponencias, seguidas de las comunicaciones como suele ser habitual, si bien en este caso se hace una clara distinción entre los estudios dedicados a las instalaciones termales urbanas y las conocidas en el ámbito rural. Al final hay dos apéndices, el primero dedicado al tratamiento y aplicaciones de la informática y la fotogrametría y un segundo, específico, constituido por el estudio por parte de las editoras de las termas de Campo Valdés de Gijón.

Las ponencias, firmadas por los primeros especialistas en la materia, ofrecen una visión general de lo que fueron y significaron la existencia de los baños públicos y privados en el seno de la sociedad romana. El escrito de R. Mar abre el volumen con un

planteamiento genérico sobre las termas de la ciudad de Roma en el que tiene cabida un breve análisis sobre la composición y estructura arquitectónica de estos edificios y de su entorno vegetal. Un tema específico, en torno a las termas militares de *Germania* a lo largo del Imperio, es la interesante aportación de N. Hanel. A este siguen tres importantes planteamientos generales sobre los edificios termales en la *Gallia* y en *Hispania*. El primero se debe a la pluma de A. Bouet, distinguiendo en la clasificación, ya clásica, de la organización termal según su planta, es decir, atendiendo a si poseen en su planta una disposición simétrica o asimétrica. En los trabajos siguientes J.M^a Nolla se dedica al estudio de las termas republicanas, resaltando los ejemplos de varias ciudades como *Valentia*, *Baetulo*, *Emporiae*, *Azaila*. C. Fernández Ochoa, A. Morillo y M. Zarzalejos realizan una visión global, muy completa, de los conjuntos termales públicos conocidos en la península ibérica analizándolos según su axialidad y estableciendo una útil cronología de las mismas. Es destacable, además, la extensa bibliografía por yacimientos y la gran cantidad de plantas que acompaña al trabajo. La ponencia de A. Fuentes, que hace colofón a estas intervenciones, viene a completar las dos exposiciones anteriores al ocuparse de las termas de la Antigüedad tardía, atendiendo a sus transformaciones hasta su total desaparición, teniendo en cuenta la posición de la Iglesia ante estos residuos del paganismo. Esta triple visión sobre los *balnea* hispánicos se hace más rica con la aportación de V. García Entero y R. Arribas sobre las termas que aparecen en los ámbitos privados, en donde se produce un progresivo aumento de su monumentalización y decoración. En este caso la visión abarca un arco cronológico que comprende todo el Imperio.

Monográfico es el tema traído por M. Martins y P. Silva al estudiar las muy interesantes termas de *Bracara Augusta* y su desarrollo. Igualmente valioso es el escrito sobre un aspecto del termalismo antiguo, no muy conocido, como es el referido a los castros asturianos. En este trabajo A. Villa hace un recorrido por los baños de Coaña, Penda y Chao Sanmartín, estableciendo su evolución formal. Finalmente, las ponencias se cierran con sendos temas afines a las termas: uno dedicado a su decoración pictórica debido a C. Guiral, describiendo los temas que son propios en estos ambientes, como por ejemplo los del pugilato o los eróticos, para centrarse luego en la muy importante ornamentación de las Termas Suburbanas de Pompeya. El otro tema traído de la mano de I. Rodá nos sumerge en las aportaciones y la problemática que la epigrafía puede tener en el estudio del termalismo. A este respecto repasa los testimonios epigráficos de *Aqua Calidae*, *Baetulo*, *Barcino*, *Tarraco* y de los *Balneum Surae* de Roma.

La segunda parte del libro se dedica a las comunicaciones. Nuestro deseo más sincero sería reseñar todos los trabajos porque todos son importantes y de todos podemos aprender mucho más sobre el tema. Sin embargo, creemos que será comprensible por todos la imposibilidad de mencionar las veintiuna intervenciones sobre las termas urbanas y las quince sobre las instalaciones rurales, a las que habría que sumar las cinco contenidas en los dos apéndices. De esta fría estadística numérica se deduce un

hecho cierto y fácilmente constatable: la riqueza de los contenidos y la verificación de la existencia de un riquísimo patrimonio en esta clase de edificios que hasta hace poco era insospechado. Una evidencia salta a la vista al repasar estas comunicaciones. Nos estamos refiriendo a la distribución geográfica de estos complejos, repartidos fundamentalmente por la mitad norte de la península, hecho que contrasta con el vacío aparente, que no real, de la mitad sur. Es cierto que hay en este libro estudios referidos a las termas de *Ilici*, *Carmo* e *Illora*, pero es de señalar al posible lector no advertido que la realidad es muy distinta y que no son las únicas existentes. Lo que sí es cierto es que la implantación de los complejos de baños en las ciudades está dentro de la tónica general que acontece en todos los lugares del Imperio. La abundancia, sin embargo, que se constata en la zona interior de la Tarraconense evidencia el alto arraigo de las costumbres romanas en esta zona, explicable también por necesidades prácticas de convivencia en aquellas sociedades.

Muy interesantes por lo que suponen en sus ámbitos regionales respectivos son sin duda las instalaciones rurales que sorprenden por su complejidad, incluso más, en algunos casos, que las urbanas. Por lo que se desprende de las exposiciones muchos de los yacimientos están en proceso de excavación o de estudio, en donde la monumentalización es relativamente escasa, salvo alguna excepción, como sucede, por ejemplo, en Jumilla. La abundancia de estas instalaciones, sin embargo, es un hecho que se ha de verificar en los próximos años con sucesivas excavaciones. Los trabajos que aquí se han presentado son, creemos, la punta del iceberg de un patrimonio mucho más rico y complejo.

Para concluir esta breve reseña dos palabras tan solo para referirnos a los cuatro trabajos finales de aplicación de la fotogrametría y la informática a la arqueología. La reconstrucción virtual de un edificio partiendo de los datos que al programador da el arqueólogo es una de las nuevas vías de estudio que proporciona la tecnología que se deben potenciar por su aspecto didáctico y, en muchos casos espectacular, pero sobre todo por hacer posible la restitución visual de lo que en la realidad, en muchos casos, no pasa de ser una ruina del monumento antiguo.

El presente volumen sobre termalismo romano se configura, pues, como modelo a seguir en futuras publicaciones. Y no cabe duda que se convertirá, por sus ricos contenidos, en obligada cita para docentes y profesionales de la arqueología que quieran profundizar en un campo que en nuestro país ha de dar aun muchas sorpresas.

Luis Baena del Alcázar

GÓMEZ ESPELOSÍN, F.J., *El descubrimiento del mundo*. Geografía y viajeros en la antigua Grecia, 2000.

El objetivo de esta obra es, en declaraciones de su autor, definir las diferentes etapas del proceso histórico que condujo a los griegos al descubrimiento del mundo a través de los viajes, y de la literatura geográfica que reflejaba y narraba esta clase de experiencias. Un proceso que les llevó, por un lado, a tomar conciencia de la existencia de otras realidades ajenas al mundo griego y, por otro, a difundir y propagar el conocimiento de dicha realidad.

Viajar era toda una aventura, rodeada de todo tipo de riesgos y complicaciones, a la que las propias condiciones del viaje no animaban a su realización. Sólo unos pocos se decidieron a emprender la aventura del viaje y, la mayoría de ellos, salvo pocas excepciones, lo hacían obligados por la fuerza de las circunstancias y porque no tenían otra alternativa. En el caso del viaje heroico, el objetivo lo constituía el hecho de que en su desarrollo se ponían a prueba todas las cualidades del héroe, y constituía todo un desafío sólo asumible por ellos. Nos encontramos así con los viajes de los Argonautas, de Heracles y de Perseo. Pero el más conocido es, sin lugar a dudas, el de Odiseo.

A lo largo del período arcaico tuvo lugar un amplio proceso de ajuste y remodelación de estas viejas leyendas heroicas que rememoraban viajes de aventuras a los confines del mundo. Así, el itinerario mítico que discurría, en un principio, a través de un espacio puramente imaginario, fantástico, y sin referencias explícitas a la geografía real, se fue adaptando paulatinamente a las nuevas rutas que empezaban a concretarse en esta época colonial.

El relato de viaje gozó de una gran popularidad en la Antigüedad pero, por desgracia, son muy pocos los textos que han llegado hasta nosotros. La mayoría de los autores no son más que una serie de nombres dispersos que aparecen en las obras de autoridades como Estrabón o Plinio el Viejo. Escasas referencias nos han quedado de los primeros periplos arcaicos que, en principio, se limitarían a unas simples guías prácticas para la navegación, siendo el criterio orientativo el seguimiento de la línea de costas: el viaje de exploración del océano Índico por parte de Escilax de Carianda, Eutimenes de Marsella y su posible periplo por las costas occidentales, el poema de Aristeas de Proconeso, la *Ora Marítima* de Avieno, y los periplos atribuidos a Pseudo-Escilax, Nearco, Piteas, Hannón y Polibio.

Pero los primeros intentos de describir el mundo hemos de buscarlos en Homero y Hesíodo. Homero, en el catálogo troiano de la *Iliada*, muestra los vagos perfiles de

un mundo compuesto por pueblos limítrofes a los que caracteriza por su armamento, los rasgos más sobresalientes de su región o algunos de los productos de su tierra. Hesíodo, en el llamado *Catálogo de las mujeres*, nos ofrece una panorámica de los diferentes pueblos que habitaban los confines de la tierra, así como algunos de sus rasgos paisajísticos más sobresalientes. Posteriormente encontramos referencias geográficas sobre el mundo y sus confines en autores como Alcmán, Hecateo de Mileto y su *Períodos gês*, e incluso en el propio Esquilo.

Sin embargo, el primer gran compendio de una descripción global del mundo habitado lo encontramos en las páginas de las *Historias* de Heródoto. Su descripción constituye un verdadero panorama del mundo en aquellos momentos, así como un testimonio del estado de los conocimientos geográficos griegos en plena época clásica. Poco se conserva de los demás autores del siglo V a.C. que se preocuparon, en mayor o menor medida, de la descripción del mundo, y hemos de esperar a Alejandro para que el panorama cambie notablemente.

Con la expedición de Alejandro se da una nueva dimensión a la ecúmene. Esta expedición hacia los extremos orientales, junto al viaje de Piteas a los mares del norte, propició un avance espectacular de los conocimientos geográficos griegos. Tras la muerte de Alejandro, los logros que se alcanzan en el conocimiento del mundo no van a ser tan determinantes como los que se produjeron previamente. De todo el cúmulo de relatos e historias de esta época de finales del siglo IV a.C., ninguna ha llegado hasta nosotros en su integridad. Conservamos tan sólo retazos dispersos a través de toda la tradición literaria antigua, griega y latina.

Pero la disponibilidad de este tipo de información propició el que aparecieran tratados generales sobre la descripción del mundo basados, por lo general, sólo en la lectura de estos numerosos relatos, constituyendo lo que se ha denominado "geografía de gabinete". Cualquier empresa de este tipo se veía facilitada por la concentración de la mayoría de estos escritos en la célebre Biblioteca de Alejandría. Esta buena disposición hizo posible que Eratóstenes, considerado como el más grande de los geógrafos antiguos, elaborase su obra *Geografía*. Sin embargo, pese a los grandes logros conseguidos en el conocimiento del mundo, persistían errores importantes que fueron perpetuados en la Antigüedad por la obra de Eratóstenes.

Con la expansión romana las regiones marginales del mundo, como las comarcas centroeuropeas o los confines asiáticos, empezaron a ser conocidas y se fue configurando una mejor y más completa descripción del mundo, que nos lleva a las obras de Estrabón y de Claudio Tolomeo. Después de estos autores poco va a cambiar en el panorama del mundo conocido; nadie mejorará ya la descripción tolemaica y asistiremos en los finales de la Antigüedad a una decadencia de la geografía, pues los distintos autores se limitarán, a partir de ahora, a repetir fuentes anteriores.

Junto a este tipo de obras, de carácter general, encontramos también una carga importante de información geográfica en los tratados particulares dedicados a un país

determinado o a una región concreta del orbe. Su origen se remonta muy posiblemente a la época de los logógrafos.

Además de este tipo de obras de marcado carácter geográfico y fruto de la experiencia o de un conocimiento más o menos exacto proporcionado por ésta, para acercarnos a la visión que en la Antigüedad se tiene del mundo, hemos de tener presente la literatura de viajes basada en viajes ficticios o imaginarios, lo que hoy denominamos como novelas de viajes.

Tenemos la pervivencia de relatos sobre navegaciones oceánicas hasta plena época imperial. La existencia de un mar exterior que se abría insondable e inmenso más allá de los límites establecidos de la tierra, como eran las columnas de Heracles, había inspirado desde antiguo fábulas y narraciones de toda clase que han dejado huellas a lo largo de la literatura antigua. Cabría esperar que con el progresivo descubrimiento de estas regiones las cosas experimentasen una variación significativa, sin embargo, los ecos de las leyendas acerca del pavoroso océano que habían aterrado la imaginación de los navegantes se mantuvieron en vigor. Aunque no siempre los misterios que encerraba el océano eran aterradores. Recordemos cómo Platón trasladó a este ámbito exterior a su desconocida Atlántida. Tenemos también las fabulaciones sobre islas extraordinarias de Teopompo de Quíos, de Evémero de Mesene y Jámbulo.

A lo largo de la obra el profesor Gómez Espelosín va exponiendo las experiencias viajeras de los griegos recogidas en la literatura griega desde Homero hasta finales de la Antigüedad. Se hace así una revisión de todas las obras, relatos, tratados y literatura de viaje, así como de sus autores, incluyéndose, por tanto, los viajes míticos, los viajes reales y los viajes puramente literarios o ficticios. A través de estos relatos de viajes vamos obteniendo la configuración geográfica del mundo que la cultura griega se ha ido forjando a lo largo de toda la Antigüedad. Se nos dibuja así la concepción mítica del mundo presente en Homero y Hesíodo, la concepción de los primeros viajeros, los distintos intentos de dar una imagen real de la ecúmene, de describir esta realidad en los períodos arcaico, clásico, helenístico y finalmente romano. Este trabajo es, además, una puesta al día de todos los autores griegos que en la Antigüedad se ocuparon, desde una u otra perspectiva, del conocimiento del mundo y su descripción.

Siguiendo con su línea de manifiesto interés por las concepciones geográficas presentes en el mundo griego, evidenciada en otras obras suyas como *Tierras fabulosas de la Antigüedad* (1995), *Relatos de viajes de la literatura griega antigua* (1996), o *La imagen de España en la Antigüedad* (1995), nos expone en este libro una completa visión de la evolución de la concepción del mundo en el mundo griego. Se inserta en la línea de los estudiosos de la concepción del mundo en la Antigüedad y su visión geográfica, trabajada ya por autores como P. Janni, G. Aujac, A. Peretti, P. Prontera, J. O. Thomson, F. Cordano, entre otros muchos, o los autores hispanos como F. J. González Ponce o L. A. García Moreno, por citar algunos.

El trabajo se acompaña de una muy amplia y riquísima bibliografía sobre el tema, de enorme utilidad para quienes desean profundizar sobre ello. Quizás se podría añadir

alguna que otra publicación no citada de Prontera, como *Geografia e geografi nel Mondo Antico* (1983) o *Geografia storica della Grecia Antica* (1991), de Aujac, como *Géographie dans le monde antique* (1975). o de M. Sechi, *La costruzione della scienza geografica nei pensatori dell'antichità clásica* (1990).

El descubrimiento del mundo, Geografía y viajeros en la antigua Grecia cubre los objetivos propuestos por su autor y se convierte no sólo en una obra importante y de obligada referencia a la hora de considerar el tema, sino también en una importante guía y herramienta para su estudio.

José Antonio García González